DR. PEDRO ALBARRÁN Y DOMINGUEZ

A las 8 1/ 2 de la noche del jueves 10 del mes en curso, pagó su ineludible tributo a la tierra este queridísimo amigo y eminente compañero. La causa-pretexto de su muerte fue una *dermatitis exfolta- tiva generalizada,* de breves días de duración, que le ocasionó grandes sufrimientos, y contra la que fueron inútiles cuantos recursos se emplean para tales casos en la práctica profesional.

Pedro Albarrán y Domínguez nació en un ingenio que administraba su padre, en la jurisdicción de Sagua la Grande, barrio de Sitieci- to, conocido hoy por Central «El Salvador». Recibida ia instrucción primaria, ingresó para comenzar la segunda en el Colegio de Jesuitas de Belén de esta Capital, y con motivo del fusilamiento de los Estudiantes de Medicina, su familia, alarmada como tantas otras en aquellas inolvidable época, le envió a España, con su hermano Joaquín, para seguir la carrera de Medicina. Estudió en Barcelona, donde se graduó de Licenciado con nota de Sobresaliente en 1875.

Pedro Albarrán formaba parte prominente de aquella numerosa y patriota colonia cubana de Barcelona, constituida por jóvenes estudiantes como José Antonio y Fernando Cortina, Diego Vicente Tejera, Julio San Martín, Emilio Terry, y otros muchos ya desaparecidos que han dado prestigio y gloria a la patria, con algunos de los que aun sobreviven, como Alejandro Muxó, Emilio Iglesia, Rafael Martínez Ortiz, Diego Tamayo, José A. Malberty, los Rojas Oria, Fernando Méndez Capote, José María García Montes, Juan B. Pons, y tantos otros que gozan de grande y merecida fama en sus respectivas carreras. Desde aquellos días data mi inquebrantable amistad con Pedro Albarrán.

En 1877 regresó a Cuba y se estableció en el pueblecito de San Diego del Valle, rica comarca de la provincia de Santa Clara. Allí ejerció con brillo y algún provecho pecuniario, pero sin ver satis-

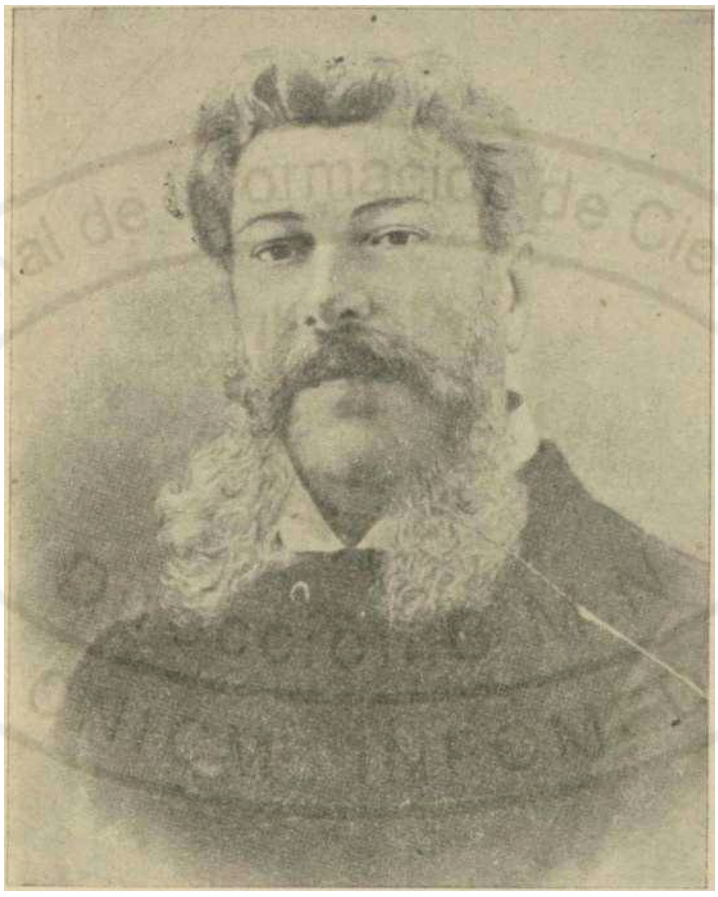
.fechas tan reducido ambiente sus más amplias aspiraciones, sobre todo cuando su hermano Joaquín daba ya en París los primeros pasos que habían de conducirlo a la gloria. Estimulado legítimamente por girar en más extensa esfera, decidió salir de San Diego, donde había contraído nupcias con la Srta. Leonor Machín, su amante compañera, su inseparable, hasta el instante de la muerte. Se estableció en la Villa de Sagua la Grande, donde residió varios años, decidiéndose después a instalarse en la Habana para atender exclusivamente a la especialidad de vías urinarias que ha venido ejerciendo hasta el último día, proporcionándole innumerables triunfos, y que dominaba por completo como diagnosticador profundo y operador hábil.

Esa rama de la cirugía no tenía secretos para él. A su estudio se dedicó con todo entusiasmo durante su permanencia en París, en el Hospital Necker, como discípulo de Guyon y de su hermano Joaquín, quien le sostenía después al corriente de todos los progresos conquistados en la especialidad.

Fue miembro de la Comisión que en 1886 se trasladó a París, para el estudio del tratamiento anti-rábico de Pasteur y de la que formaron también parte los Dres. Tamayo y Vildósola.

Vino la Revolución de 1895, y comprometido en trabajos separatistas, se vio forzado a emigrar, dirigiéndose a París, donde el gran Betances le confió una comisión patriótica para con los cubanos re-> sidentes en Madrid, y allá fue a establecerse. Conseguida la paz en 1898, regresó inmediatamente a Cuba, fijándose de nuevo en la Habana.

Se graduó de Doctor en nuestra Universidad, en 1900, si mal no recuerdo. Fue Presidente, dos veces reelecto, de la Sociedad de Estudios Clinicos. desde 1900 a 1906; Vicepresidente de la Junta de Patronos de !a clausurada (contra su opinión) Escuela Industrial para Niñas, de Compostela; Presidente del Primer Congreso Médico Nacional en 1905; Presidente de la Octava Conferencia Nacional de Beneficencia y Corrección celebrada en Sagua la Grande; Secretario de la Junta de Inspectores de la Universidad, en representación de la Sociedad de Estudios Clínicos; Cirujano del Hospital «Número 1», Delegado de la República de Cuba al Congreso Internacional de Medicina y Cirugía celebrado en Lisboa en 1906, por lo que el Rey de Portugal le concedió una honorífica condecoración; y Director de la Clínica de Enfermedades de las vías urinarias que atendía desde



Dr. Pedro Albarrán y Domínguez.

hace años y que con su clientela particular le proporcionaba utilidad y fama por su grande y merecida reputación en toda la República como expertísimo especialista.

Cometió, a mi juicio, el error de dejarse arrastrar por la corriente de la política activa. Aunque fue electo y reelecto Representante a la Cámara desde el establecimiento de la República hasta abril del año en curso, en el campo de la política no ha cosechado sino perjuicios, desengaños e ingratitudes. Entró y salió de la Cámara sin una sola mancha en su reputación inmaculada de hombre honrado y leal.

Era miembro del Ejecutivo del Partido Conservador. Templado en sus opiniones, respetaba las de los.demás, sin que diera nunca la nota de intransigencia. Con el Dr. Malberty defendió en la Cámara, hasta lograr su estéril triunfo, porque murió en el Senado, el proyecto de Ley para la creación de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia. Estaba poseído de intenso entusiasmo por los asuntos sanitarios y los estudiaba con ahínco; tenía redactada una Ley y articulado un Reglamento para la organización y práctica de nuestra Sanidad, y una de sus más acariciadas aspiraciones, dentro de la evolución del partido político a que pertenecía, era la de haber logrado desempeñar la Secretaría del ramo.

Tenía un gusto muy depurado por laJiteratura y las bellas artes, sobre todo por la pintura, de la que poseía ejemplares de mérito. Escribió muy poco; sólo alguno que otro trabajo esparcido en los periódicos profesionales podrá dar idea de su vasta cultura y de su fácil pluma.

Tal era el hombre profesional y público. Dotado de un exquisito don de mando, ha desaparecido dejando en el corazón de cuantos le trataron un recuerdo de simpatía, una huella de dolor. De todo su ser, de todos sus actos, se exhalaba un perfume de caballerosidad que le envolvía como en una atmósfera de decencia. Su sepelio fue un testimonio evidente del aprecio en que se le tenía en esta sociedad. Desde el General Gómez, Presidente de la República, que mandó su ayudante y su coche, hasta el cliente o amigo más humilde, tuvieron representación en el tristísimo acto.

En su roto hogar era todo bondad y amor. Corazón de niño en cuerpo de gigante, con la afabilidad de su carácter, jamás airado, y la placidez de su alma, jamás agriada, se deleitaba en su casa, como en templo de felicidad, erigido por su Leonor amantísima, por su

encantadora hija María y por sus nobles hijos Eduardo y Jorge. Con razón sentíase satisfecho y orgulloso de su familia. Hablábame a veces de ella, en lo íntimo de la amistad, con los ojos nublados por lágrimas de dicha.

Ya en su lecho de muerte, breves días antes del llorado suceso, en medio de los martirios de la cruel dolencia, conservaba aún la jovialidad de su espíritu, la nota alegre de su carácter para usar bromas referentes a la gravedad de su estado, que no desconocía. Pero en un momento en que quedé solo con él en la habitación, se dirigió a mí diciéndome: «la muerte hace tiempo ya que me ronda y esta vez logra su deseo. Me voy, y me voy sin dejar problema que resolver. Mi hija María ya bien casada; Eduardo y Jorge ya formados y buenos los tres con su madre. Sólo me apeno por la que no está aquí». Traté de disuadirle de la triste idea de su próximo fin, pero inútilmente: me apretó la mano y sonrió con dulzura.

Murió con el pesar de la lejanía de dos de sus más grandes amores: su hija María y su hermano Joaquín. Aquélla en viaje de bodas por Europa con su compañero el Dr. José A. Presno, sin presumir que el beso que al marchar, rebosante de felicidad, recibiera de su idolatrado padre era el último; y Joaquín, seriamente enfermo, esperando de un día a otro al querido hermano, que ya nunca más verá. Junto a su lecho estuvieron los otros dos hermanos: María Luisa y Pablo.

Duerme en paz, amigo mío, que bien cumpliste como bueno tu misión en el hogar y en el mundo. Al llorar tu pérdida, no será por mucho tiempo: es un viaje por turnos, y los que como tú se marchan antes, aproximan el nuestro.

Agosto, 1911

«Vida Nueva»
Tomo III. Pag. 142-144
1911